



ANTONINO DE FRANCESCO

La Revolución francesa

Doscientos años
de combates
por la historia



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

LA REVOLUCIÓN FRANCESA
Doscientos años de combates por la historia

Antonino De Francesco

Traducción de Pedro Rújula y Javier Ramón

Prólogo de Pedro Rújula

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Antonino De Francesco
- © Éditions Perrin, 2018
- © De la traducción, Pedro Rújula y Javier Ramón
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2022

Edición original: *La guerre de deux cents ans. Une histoire des histoires de la Révolution française*, París, Perrin, 2018

Colección Ciencias Sociales, n.º 158
Director de la colección: Pedro Rújula López

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

La colección Ciencias Sociales de Prensas de la Universidad de Zaragoza está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT).

ISBN: 978-84-1340-291-8

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D. L.: Z 217-2022

A Giuseppe Galasso

PRÓLOGO

LEER LA REVOLUCIÓN FRANCESA EN ESPAÑA¹

Al iniciarse el siglo xx, dos de los escritores españoles más importantes del momento tenían sobre su mesa de trabajo la traducción en curso de sendas obras sobre la Revolución francesa. A medio camino entre el interés literario por el pasado y las necesidades de una industria editorial que buscaba conectar con un público cada vez más amplio, Vicente Blasco Ibáñez y Miguel de Unamuno dedicaban tiempo, saber hacer y energía a verter al español dos obras de la historiografía revolucionaria que, si bien por entonces eran ya clásicas, todavía eran desconocidas para el lector hispano.

Blasco Ibáñez daba en 1900 los últimos retoques a la traducción de *Historia de la Revolución francesa* de Jules Michelet que había comenzado a publicar en su propia editorial dos años atrás.² No se trataba de una

1 Agradezco las sugerencias y comentarios de Jordi Canal, Carlos Franco de Espés, Javier Ramón Solans y Álvaro París, los primeros lectores de este texto.

2 Jules Michelet, *Historia de la Revolución francesa*, Valencia, Biblioteca Popular. Primera traducción del francés de Vicente Blasco Ibáñez, 3 vols. 1898-1900. Cecilio Alonso, «Acerca del entorno editorial y literario de Blasco Ibáñez en Valencia a fines del xix», en Manuel Chust Calero (coord.), *De la cuestión señorial a la cuestión social: homenaje al profesor Enric Sebastià*, Valencia, PUV, 2002, pp. 283-306; Antoni Espinós Quero, «Vicente Blasco Ibáñez, autor, impresor y editor», *Hibris: Revista de bibliofilia*, 17 (2003), pp. 4-17, y Javier Lluch Prats, «Los trabajos y los días de un editor rocambolesco: Vicente Blasco Ibáñez», en *I Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. 1 al 3 de octubre de 2008, La Plata. Los siglos xx y xxi*, disponible en <[http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ ev.406/ev.406.pdf](http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.406/ev.406.pdf)>.

novedad, puesto que la primera edición francesa de esta obra había aparecido hacía medio siglo, pero el autor de *Entre naranjos*, que recordaba haber aprendido a leer con relatos de la Revolución francesa,³ todavía creía percibir en ella cualidades que podrían atraer al público español hasta sus páginas. De republicano a republicano consideraba que «el historiador del pueblo» había sabido «relatar con inextinguible poesía los sufrimientos y las sublimidades de los humildes y los oprimidos». Como narrador, reconocía al «novelista de la Historia» capaz de resucitar el pasado presintiendo «que la historia y la novela son casi iguales, sin otra diferencia que la historia trata de los actos y pasiones de los pueblos y la novela de los hechos y sentimientos del individuo». Y, en su aspiración de forjar las bases de una amplia cultura popular, se aprestaba a difundir a un autor que consideraba «el punto de unión de la crítica científica y la imaginación poética».⁴

Por esas mismas fechas Miguel de Unamuno comenzaba a traducir, en este caso del inglés, *La Revolución francesa* de Carlyle, el prototipo de interpretación anglosajona de los hechos revolucionarios. A pesar del enorme éxito que la obra había tenido en Inglaterra, todavía seguía sin versión en español seis décadas después de su primera edición y dos de la desaparición del autor.⁵ Unamuno se había acercado a la obra de Carlyle movido por las estrecheces económicas de quien, por entonces, era un joven y recién casado catedrático de la Universidad de Salamanca. «Cada 8 páginas: 5 pesetas» es una de las anotaciones que todavía se conserva en el ejemplar que utilizó para trabajar.⁶ El editor de La España Moderna que lo había contratado, Fernando Lázaro Galdiano, sabía bien del carácter alimenticio de alguna de estas traducciones. «No hay literato español que no traduzca», había escrito a Unamuno en una carta. Este, que finalizó la obra siendo

3 Ramiro Reig, «Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928). Promotor de rebeldías», en Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, p. 334.

4 Vicente Blasco Ibáñez, «Michelet, su vida y sus obras», introducción a J. Michelet, *Historia*, pp. I y II y XXXXIII.

5 Julio César Santoyo, «Unamuno, traductor: luces y sombras», en Miguel Ángel Vega (ed.), *La traducción en torno al 98*, Madrid, Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores, 1998, vol. I, pp. 155-172.

6 Laureano Robles, «Unamuno traductor de Th. Carlyle», *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, 10 (1995), p. 9.

rector de la Universidad de Salamanca, no volvería a dedicarse a aquella labor el resto de su vida.⁷

Las dos editoriales, La Biblioteca Popular, de Valencia, que es el germen de la exitosa Prometeo, y La España Moderna,⁸ que reunía en sus filas a lo más prestigioso de la cultura española regeneracionista, habían decidido recuperar con más de medio siglo de retraso obras importantes de la historiografía europea sobre la Revolución francesa, que irrumpían en el escenario español fuera de contexto. Blasco Ibáñez perseguía ofrecer un relato que conectara bien con el público popular de sus colecciones. Lázaro Galdiano recuperó a Carlyle dentro de una línea editorial de prestigio. En ambos casos la operación se saldó con un fracaso. La obra de Michelet ya no volvería a ser editada de nuevo y su influencia entre el público español resultaría muy limitada. Otro tanto sucedió con la obra del autor escocés, cuya nueva traducción en los años treinta era tan deficiente que terminaría cayendo muy pronto, y merecidamente, en el olvido.

Los casos de Michelet y Carlyle representan muy bien lo que será una de las características definitorias de la recepción de la historiografía sobre la Revolución francesa en España: el desfase entre la producción original de la obra y la traducción al español que la consagraba entre el gran público. Sin embargo, las cosas no siempre fueron así. También se dio el caso contrario. La *Historia de los Girondinos* de Alphonse de Lamartine causó expectación antes incluso de aparecer. «Una obra de grande importancia va a publicarse en breve en París y ya los periódicos de aquella capital han dado algunos fragmentos como muestra de la originalidad, profundidad y brillantez que son las dotes características de este autor. No tenemos para qué elogiarle, se llama Lamartine y la obra con tanta impaciencia esperada se titula: *Los Girondinos*. Deseamos verla en breve en castellano, pero en castellano de buena ley», podía leerse en la prensa de Madrid.⁹ Apenas tardaría unos meses en ser traducida. Y no en una sola editorial. Hasta cinco empresas compitieron

7 Carta de Lázaro a Unamuno, 26 de marzo de 1900, reproducida en Juan Antonio Yeves, *Unamuno y Lázaro: una relación de lealtad y afecto (1893-1924)*, Madrid, Fundación Lázaro Galdiano / Ollero&Ramos, 2001, p. 106.

8 Raquel Asún Escartín, «La editorial “La España Moderna”», *Archivum. Revista de la Facultad de Filología*, 31-32 (1981-1982), pp. 133-199.

9 «Gacetilla de la Corte», *El Español*, n.º 41 (21 de marzo de 1847).

por ofrecer su versión al público lector español antes que el resto.¹⁰ Algunas de ellas ya tenían en el mercado los primeros volúmenes el propio año 1847, en que había visto la luz en Francia. La competencia por los lectores fue encarnizada. Los periódicos adelantaron en sus páginas fragmentos de la obra de aquel autor que utilizaba sus artes de ilusionista escribiendo historia como en otro tiempo había hecho con la poesía.¹¹ No parecía muy importante que hubiera acometido la empresa sin prepararse verdaderamente como historiador. «Le bastaba conocer el esquema de la trama, afirmaba Gooch; su imaginación supliría lo demás».¹²

La fortuna de la obra de Lamartine no se limitó al momento de su aparición. El tiempo transcurrió sin erosionar la pasión con la que los lectores seguían acudiendo a sus páginas y fueron muy numerosas las ediciones que continuaron apareciendo en la segunda mitad del siglo XIX.¹³ Y, traspasado el umbral del siglo, siguió estando presente en las librerías durante muchas décadas más. Esta popularidad se apoyaba, sin duda, en las virtudes de una prosa efectista que trasladaba una imagen apasionada de los episodios revolucionarios capaz de conquistar a sucesivas generaciones de lectores, pero también en la enorme capacidad de penetración comercial de editores populares como Blasco Ibáñez o Ramón Sopena, que consiguieron franquear barreras y acceder a todos los hogares, incluso a los más humildes, a través de libros económicos de gran circulación mantenidos durante mucho tiempo en sus catálogos.¹⁴

10 Alphonse de Lamartine, *Historia de los Girondinos*, Madrid, Imprenta de La Publicidad, 1847, 4 vols.; *Historia de los Girondinos*, Madrid, Imprenta a cargo de D. Luis García [1848, t. VIII]. Tomos IX a XIII, Madrid, Imprenta de la Biblioteca del siglo, 1847-1848. 13 vols., Imprenta a cargo de D. Agustín Aguirre; *Historia de los Girondinos*, Madrid, Imp. y librería de la Ilustración, 1847, 5 vols.; *Historia de los Girondinos*, Madrid, Imprenta de don Gabriel Gil, 1847, 13 vols.; e *Historia de los Girondinos*, Sevilla, Imprenta de Gómez, 1847, 7 vols.

11 Podemos encontrar estos textos en la «Sección literaria», de *El Clamor público*, órgano del Partido Liberal.

12 George P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, p. 233.

13 Pueden señalarse las ediciones realizadas en Madrid por la Imprenta y Librería de Gaspar y Roig en 1860 y 1877 y la Imprenta y librería de Miguel Guijarro en 1877, y en Barcelona las de R. Salvatella Editor con ediciones posiblemente de 1888 y 1900, así como la impresa en París por la Librería Garnier Hermanos en 1889.

14 A. de Lamartine, *La Revolución Francesa. Historia de los Girondinos*, Madrid, La Novela Ilustrada, [1910], director literario, Vicente Blasco Ibáñez. La primera edición de

Aunque, si de longevidad entre el público español hablamos, el récord no lo ostenta Lamartine, sino Adolphe Thiers y su *Historia de la Revolución francesa*. En este caso el mérito no reside exclusivamente en las virtudes de un autor que fue capaz de acercarse a la Revolución en clave política a través de un relato de acontecimientos, sino en el prestigio de quienes hicieron de mediadores entre su obra y el público. El primero en proponer una traducción al español fue José Mor de Fuentes, escritor, poeta y dramaturgo bastante conocido en su época, que, guiado por la admiración hacia el autor, publicaría una edición profusamente ilustrada en 1836 en la Librería de Antonio Bergnes.¹⁵ Tras esta llegó en 1840 la versión de Sebastián Miñano, un importante periodista afrancesado que había ocupado altas posiciones en la política y la cultura fernandinas en los tiempos del ministro López Ballesteros.¹⁶ Y en 1845, el empresario editorial más importante del momento, Francisco de Paula Mellado, propietario del mejor catálogo de historia disponible entonces en castellano, decidió incorporar también esta obra, dotándola así de una enorme popularidad.¹⁷

Y, cuando parecía que el impulso inicial de la obra había terminado, cuando el autor ya no era aquel liberal templado partidario de la monarquía de Julio, sino el republicano conservador que había alcanzado la presidencia del país y había ordenado reprimir la Comuna de París, entonces fueron los prologuistas los que se encargarían de renovar el interés por el relato de Thiers. Primero mereció la atención de Emilio Castelar, político,

Ramón Sopena fue A. de Lamartine, *La Revolución francesa. Historia de los Girondinos*, Barcelona, 1900, 3 vols., traducción de F. Cabañas Ventura; y la última, en 2 volúmenes, de 1960.

15 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución de Francia*, Barcelona, Librería de Antonio Bergnes, traducida de la cuarta edición por José Mor de Fuentes, 1836. Mencionó al autor y a la obra en el *Bosquejillo de su vida*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, pp. 119 y 132-133.

16 A. Thiers, *Historia de la Revolución francesa*, San Sebastián, Imprenta de Ignacio Ramón Baroja, 1840, traducida y anotada por don Sebastián Miñano, 10 vols. Ese mismo año apareció también en la Librería del Establecimiento Central, en 6 volúmenes, la versión de Antonio Martínez del Romero.

17 A. Thiers, *Revolución francesa*, Madrid, Establecimiento tipográfico de D. F. de P. Mellado, 6 vols. Jesús Martínez Martín, *Los negocios y las letras. El editor Francisco de Paula Mellado (1807-1876)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017, p. 164.

escritor, historiador y cuarto presidente de la I República española.¹⁸ El prólogo, por su extensión, es casi una obra en sí misma, y en él, si bien se ofrecía un juicio severo del político, cuya deriva cesarista Castelar censuraba sin ambages, se ponderaban las virtudes del historiador imparcial, apasionado, competente en materias militares y económicas y buen escritor, valorando al mismo tiempo su claridad de juicio y la riqueza en los detalles.¹⁹

La obra de Thiers iniciaba así una nueva vida entre el público español como paradigma de la interpretación republicana de la Revolución. Su vigencia se vería enormemente reforzada por una nueva edición de la *Historia de la Revolución francesa* aparecida hacia 1911 en la editorial Antonio Virgili de Barcelona. Precisamente cuando estaban siendo publicadas otras interpretaciones más a la izquierda inspiradas por las ideas socialistas, como la de Jean Jaurès, y anarquistas, como la de Piotr Kropotkin, esta última en versión de un conocido periodista y activista libertario como Anselmo Lorenzo.²⁰ La relevancia de esta edición de Thiers es que venía avalada por el más importante historiador liberal del primer tercio del siglo xx, Rafael Altamira, catedrático de la Universidad Central de Madrid, receptor de los postulados historiográficos de la école *methodique* y republicano.²¹ Altamira consideraba que la de Thiers seguía siendo la historia más completa de la Revolución disponible hasta esa fecha y, si bien no ocultaba la escasa dedicación a los archivos del autor francés, consideraba que se veía muy superada por su capacidad de «unir, a la historia estrictamente política del periodo que abraza, la militar, la diplomática y la financiera», que dotan a

18 A. Thiers, *Historia de la Revolución francesa*, Barcelona, Montaner y Simón, editores, con un juicio crítico de la Revolución y sus hombre por D. Emilio Castelar, 1876.

19 Citamos a partir de la edición de Francisco Villacorta Baños en Castelar y Ripoll, *Historia de la revolución francesa*, Pamplona, Urgoiti, 2009, p. 275. El propio Castelar terminaría escribiendo su propia versión en *Historia de Europa desde la Revolución francesa hasta nuestros días*, Madrid, Felipe González Rojas, 1896-1897, 6 vols.

20 Jean Jaurès, *Historia social de la Revolución francesa*, Valencia, Sempere, [1905], 4 vols., y Piotr Alekseevich Kropotkin, *La gran revolución (1789-1793)*, Barcelona, Publicaciones de la Historia Moderna, 2 vols., ca. 1909. Versión española de Anselmo Lorenzo.

21 Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar, s. v. «Altamira y Crevea, Rafael», en *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002, pp. 73-74.

su trabajo de «una solidez indestructible». ²² Será esta edición la que, impulsada por el prestigio profesional de su editor científico, seguirá publicándose mucho tiempo después en colecciones de clásicos, como la de la editorial Petronio, cuya última reimpresión sería en 1973. ²³

No obstante, el siglo xx trajo consigo nuevas exigencias al relato de la Revolución francesa que conectaban con las demandas sociales y políticas que situaban la revolución del pasado como inspiración para las revoluciones pendientes en el futuro inmediato. Los casos de Jaurès y Kropotkin son buena muestra de estas exigencias, así como la enorme difusión de obras más divulgativas que historiográficas como la *Historia popular de la Revolución Francesa* publicada en un año clave como 1931 por la editorial Jiménez Letang u otra del mismo título publicada por entregas por la editorial Iberia en 1932. ²⁴ La misma dimensión de combate se observa en el lado opuesto de la trinchera con la temprana publicación en 1934 de *La Revolución francesa* de Pierre Gaxotte, cuya edición original era de 1928. ²⁵ Lo cierto es que, antes de la Guerra Civil, el público español, entre antiguas reediciones de los clásicos de la historiografía republicana, traducciones de versiones con poder de evocación literaria y relatos militantes que trasladaban la Revolución a los combates políticos del presente, quedó al margen de todo el debate historiográfico que había rodeado el centenario del acontecimiento y que continuó durante las décadas posteriores. La situación se agravó todavía más durante las primeras décadas del franquismo, atenazada la edición por el marco de censura y represión intelectual del régimen. Hasta finales de los años cincuenta el público lector de historia en lengua española estuvo casi al margen de los debates y autores más relevantes de la historiografía internacional. No tuvo acceso ni a las obras de Alphonse Aulard, Georges Lefebvre, Crane Brinton, Alfred Cobban, Albert Soboul,

22 A. Thiers, *Historia de la Revolución francesa*, Barcelona, Antonio Virgili editores, prólogo de Rafael Altamira, p. VIII. Existe una reedición en la misma editorial de 1928.

23 A. Thiers, *Historia de la Revolución francesa*, San Sebastián, Ediciones Petronio. Prólogo de Rafael Altamira. 4 vols. La edición de 1973 constaba de 2 volúmenes.

24 Horace W. Spitzmuller, *Historia popular de la Revolución francesa*, Barcelona, Diego Jiménez Letang, 1931, y Federico Carlos Sáinz de Robles y Alfredo Matilla y Jimeno, *Historia popular de la Revolución francesa*, Barcelona, Ediciones y Publicaciones Iberia / Joaquín Gil, editor, 1932.

25 Pierre Gaxotte, *La Revolución francesa*, Madrid, Ediciones Fax, 1934.

Robert R. Palmer, Daniel Guérin, ni a la de Jacques Godechot. Tan solo una excepción: Albert Mathiez, cuya síntesis en tres volúmenes, aparecida entre 1922 y 1927, sería publicada en Madrid por la influyente y prestigiosa editorial Labor durante la II República, marcando el único faro de la historiografía profesional entre un mar de títulos que apelaban al sentimiento por encima del método, a la utilidad práctica más que al rigor interpretativo.²⁶ Sorprendentemente, el libro de este autor identificado con el marxismo que había hecho el elogio de Robespierre y justificado el Terror como una «fatal necesidad» volvería a ser editado, casi en solitario, en los años más oscuros de la dictadura.²⁷

Sin embargo, a finales de los cincuenta y, sobre todo a lo largo de los sesenta del siglo pasado, algo empezó a cambiar. Primero en la universidad española y más tarde en la oferta editorial.²⁸ Las aulas universitarias acogían a un número creciente de alumnos muy politizados cuyas lecturas buscaban alejarse de los patrones políticos inspiradores del régimen.²⁹ La historiografía sobre la Revolución francesa, cargada de utopía social y promesas de cambio político, encajaba a la perfección con lo que muchos de estos lectores estaban deseando leer, no solo como complemento de su formación académica, sino como instrumento para comprender mejor la realidad y actuar sobre ella. Es así como tendrá lugar un proceso de actualización historiográfica cuyas principales características serán la aceleración y su carácter asistemático. En realidad, esta celeridad y falta de sistema eran un fiel reflejo del medio académico y editorial español de los últimos años del franquismo y de los primeros de la transición a la democracia.

El primero de los autores, y tal vez el más influyente durante varias décadas, que llegó por entonces hasta el público español con una interpre-

26 Albert Mathiez (*sic*), *La Revolución francesa*, Barcelona, Labor, 1935, 3 vols. Segunda edición, en 1949.

27 *Ibidem*, vol. III, p. 104.

28 Elena Hernández Sandoica, Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Marc Baldó Lacomba, *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, pp. 155-157.

29 Xavier Moret, *Tiempo de editores. Historia de la edición en España, 1939-1975*, Barcelona, Destino, 2002, p. 295, y Carmen Menchero de los Ríos, «Editoriales disidentes y el libro político», en Jesús A. Martínez Martín (dir.), *Historia de la edición en España, 1939-1975*, Madrid, Marcial Pons, 2015, p. 818.

tación marxista de la Revolución francesa fue Albert Soboul. De él muy pronto se traducen dos obras. La primera de ellas, en 1966, *Compendio de la historia de la revolución francesa*, en versión de uno de los catedráticos expulsados de la universidad con motivo de las protestas estudiantiles del año anterior, Enrique Tierno Galván.³⁰ La segunda, *La revolució francesa*, vertida al catalán dos años después por un joven y brillante miembro del PSUC, Jordi Solé Tura, que recogía el texto de la colección de brevarios «Que sais je?» y que en 1981 tendría una edición en castellano difundida ampliamente durante décadas en todo tipo de formatos.³¹ Se restauraba así la frágil línea de los historiadores marxistas abierta desde comienzos de siglo con Jaurès y Mathiez y que se había interrumpido drásticamente con la Guerra Civil. Faltaba, a todas luces, un eslabón intermedio indispensable para entender todo lo ocurrido en esta corriente interpretativa: Georges Lefebvre. En la línea de recuperar tradiciones perdidas, será el discípulo, es decir, Soboul, quien presentará con posterioridad al maestro cuyo éxito tardío —póstumo, incluso, puesto que ya había desaparecido unos años antes— se vería reflejado en títulos muy valorados entre los lectores universitarios, como *1789: Revolución francesa* o *El gran pánico de 1789*.³²

Soboul será, por lo tanto, el historiador central de esta corriente, tanto porque servía de conexión con las generaciones anteriores como porque cedería el testigo a la siguiente. En términos editoriales su posición fue muy sólida, ya que se convirtió en el autor de referencia en la principal editorial de historia de los años ochenta, la barcelonesa Crítica. Su primer título en ella, aparecido en 1983, fue *Comprender la Revolución francesa*. Venía precedido por un prólogo de Josep Fontana, director de la colección, que marcaba bien el terreno de combate historiográfico en el que se situaba la obra reivindicando el «contenido explícitamente político» del trabajo, enfrentándolo a la labor desmitificadora de la Revolución que atribuía a la

30 Albert Soboul, *Compendio de la historia de la Revolución francesa*, Madrid, Tecnos, 1966, traducción de Enrique Tierno Galván.

31 Albert Soboul, *La revolució francesa*, Barcelona, Nova Terra, 1968, revisión de Jordi Solé Tura.

32 Georges Lefebvre, *1789: Revolución francesa*, Barcelona, Laia, 1973, con numerosas reediciones posteriores; *La Revolución francesa y el Imperio (1787-1815)*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1980, edición española de otra anterior mexicana de 1960, y *El gran pánico de 1789: la Revolución francesa y los campesinos*, Barcelona, Paidós, 1986.

escuela de *Annales* y contraponiéndolo «a la frivolidad de un libro jaleado por el academicismo conservador» como *Pensar la Revolución*, de François Furet.³³ Después vendrían *La Revolución francesa. Principios ideológicos y protagonistas colectivos* y *La Francia de Napoleón*, que prolongarían su influencia hasta después del bicentenario, en combinación con otros títulos relevantes, como *Problemas campesinos de la revolución, 1789-1848* o *Los sans-culottes*, aparecidos también en editoriales de referencia en aquel momento, como Siglo XXI o Alianza.³⁴

Por aquellos años, Crítica había publicado ya *Causas de la Revolución Francesa*, de Jean Jaurès,³⁵ como un precedente indispensable para la interpretación de la Revolución en términos de lucha de clases, y acogería en su catálogo al sucesor de Soboul en la cátedra del Institut d'histoire de la Révolution française de la Sorbona, Michel Vovelle, que ya era conocido del público español por *La caída de la Monarquía, 1787-1792*.³⁶ No obstante, su título de mayor éxito fue una obra de ambición menor, la síntesis *Introducción a la historia de la Revolución francesa*, aparecida en 1981 y reeditada varias veces en distintas colecciones.³⁷ Esta editorial, que tendría por emblemas a toda una generación de marxistas británicos como E. P. Thompson, Eric Hobsbawm o Georges Rudé, publicaría también *La mentalidad revolucionaria* de Vovelle,³⁸ pero sería su último título, tal vez consciente de que en él reaparecía el viejo fantasma de la escuela de *Annales* a través de la historia de las mentalidades.

Si bien la corriente marxista fue durante dos largas décadas, las de los setenta y ochenta del siglo xx, la hegemónica en el panorama historiográfico español, ciertamente no fue la única. Alianza Editorial se encargó de

33 Albert Soboul, *Comprender la Revolución francesa*, Barcelona, Crítica, 1983. Las citas, en p. 7. El libro de Furet había aparecido el año anterior en español en una desconocida editorial, Petrel, y su circulación fue insignificante.

34 Albert Soboul, *Problemas campesinos de la revolución, 1789-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1980, y *Los sans-culottes: movimiento popular y gobierno revolucionario*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

35 Jean Jaurès, *Causas de la Revolución francesa*, Barcelona, Crítica, 1979, prólogo de Josep Fontana.

36 Michel Vovelle, *La caída de la monarquía, 1787-1792*, Barcelona, Ariel, 1979.

37 Michel Vovelle, *Introducción a la historia de la Revolución francesa*, Barcelona, Crítica, 1981.

38 Michel Vovelle, *La mentalidad revolucionaria*, Barcelona, Crítica, 1989.

aportar diversidad historiográfica en un campo con tendencia al monocultivo. Así, el propio director editorial, Javier Pradera,³⁹ se encargó de traducir una síntesis de Norman Hampson, *Historia social de la Revolución Francesa*, que introducía las corrientes anglosajonas muy críticas con el protagonismo de la burguesía y la periodización defendidas por la ortodoxia francesa.⁴⁰ Y, en 1974, la misma editorial acogía otra síntesis, la de Daniel Guérin *La lucha de clases en el apogeo de la Revolución francesa 1793-1795*, cuya interpretación marxista libertaria estaba muy alejada de la anterior, pero también en conflicto con la versión canónica marxista-leninista.⁴¹ Otras editoriales, grandes y pequeñas, contribuyeron en esta labor de ampliar las voces en el panorama historiográfico. Entre las grandes, Labor y Península dieron visibilidad a la obra de Jacques Godechot, cuya interpretación de las revoluciones en clave atlántica se hizo muy popular a través de sus manuales en la colección Nueva Clío y de su obra *Los orígenes de la Revolución Francesa*, donde restaba originalidad a lo sucedido en Francia considerándolo una revolución que ya estaba «latente en todo el mundo occidental desde veinte años antes».⁴² Entre las pequeñas, Narcea, que publicó tempranamente *La interpretación social de la Revolución Francesa*, de Alfred Cobban, donde la corriente de interpretación marxista era sometida a un severo juicio crítico. En ella los españoles que quisieron pudieron leer que la Revolución había sido «un triunfo para las clases poseedoras, conservadoras, de terratenientes grandes o pequeños» y que, lejos de constituir un paso hacia delante, había actuado «en gran medida en contra de la penetración de un capitalismo embrionario en la sociedad francesa».⁴³ Fueron las primeras críticas abiertas a la interpretación de la Revolución francesa

39 Jordi Gracia (ed.), *Javier Pradera, itinerario de un editor*, Madrid, Trama, 2017.

40 Norman Hampson, *Historia social de la Revolución francesa*, Madrid, Alianza Editorial, 1970, traducción de Javier Pradera.

41 Daniel Guérin, *La lucha de clases en el apogeo de la Revolución francesa, 1793-1795*, Madrid, Alianza Editorial, 1974. Tomo la conceptualización «marxista-leninista» y «marxista libertaria» de Alice Gérard, *Mitos de la Revolución francesa*, Barcelona, Península, 1973, pp. 144-145.

42 Jacques Godechot, *Las revoluciones (1770-1799)*, Barcelona, Labor, 1969, col. Nueva Clío, vol. 36; *Europa y América en la época napoleónica (1800-1815)*, Barcelona, Labor, 1969, col. Nueva Clío, vol. 37, y *Los orígenes de la Revolución francesa*, Barcelona, Península, 1974. La cita, en p. 7.

43 Alfred Cobban, *La interpretación social de la Revolución francesa*, Madrid, Narcea, 1971, pp. 208 y 210.

como revolución burguesa que retomaría y ampliaría más tarde François Furet.

Llegados aquí, cabe señalar algo en lo que sin duda ya habrá reparado el lector: que historiografía en español no es equivalente a historiografía publicada en España. Algunos países hispanoamericanos fueron verdaderas potencias editoriales en español durante la segunda mitad del siglo xx y su capacidad para dar cuenta de las novedades aparecidas en otras lenguas dan buena cuenta de ello. Sin embargo, el comercio trasatlántico de libros siempre ha acarreado una dificultad logística evidente y eso ha tenido como resultado que los libros impresos en un continente, aunque fueran en español, se queden en ese continente. En el caso de las obras sobre la Revolución francesa hay dos notables excepciones a esta norma. La primera de ellas fue el breviario de Georges Lefebvre sobre la Revolución y el Imperio publicado por la potentísima editorial mexicana Fondo de Cultura Económica al que ya hemos hecho referencia. La segunda fueron las obras de Georges Rudé publicadas en Argentina por las editoriales Vergara y Siglo XXI,⁴⁴ cuya presencia en el mercado español fue muy habitual. No sucedió así con otras traducciones que nunca consiguieron superar la barrera atlántica, a pesar de su indudable interés, como fueron las de Alfred Manfred, Simon Schama, Linda Kelly, Patrice Gueniffey o Lynn Hunt.⁴⁵

La apuesta editorial por determinadas corrientes historiográficas tuvo un efecto doble. De un lado, consolidó como canónica ante el público universitario a una de las corrientes, la marxista, que se postulaba como una versión «clásica» de los acontecimientos y aspiraba a ocupar el espacio central de las interpretaciones de la Revolución.⁴⁶ De otro, y por efecto de

44 George Rudé, *La multitud en la historia. Estudio de los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, México, Siglo XXI, 1971, y *La revolución francesa*, Buenos Aires, Javier Vergara, editor, 1989.

45 Alfred Manfred, *La gran revolución francesa*, México, Grijalbo, 1964; Simon Schama, *Ciudadanos. Crónica de la Revolución francesa*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1990 (la primera edición publicada en España es de 2019); Linda Kelly, *Las mujeres de la revolución francesa*, Buenos Aires, Vergara, 1989; Patrice Gueniffey, *La Revolución francesa y las elecciones. Democracia y representación a fines del siglo XVIII*, México, Instituto Federal Electoral / Fondo de Cultura Económica, 2001, o Lynn Hunt, *Política, cultura y clase durante la Revolución francesa*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2008.

46 Michel Vovelle, «Les diferents interpretacions de la revolució: darreres controvèrsies sobre la qüestió», en Jean-Paul Bertaud *et al.*, *La revolució francesa: quatre interpretacions bàsiques*, Barcelona, L'Avenç, 1990, p. 29.

lo anterior, desplazó hacia la derecha a las corrientes que se posicionaban críticamente con ella considerándolas como visiones extremas de la Revolución. El caso más notable es el de François Furet, cuyo trabajo fue tachado de frívolo y el autor descalificado por pretender desvelar las claves de la Revolución francesa sin ser un investigador especializado en el tema.⁴⁷ Pese a ello, en España, su verdadera estigmatización fue editorial.

La primera de sus obras traducida al español, *Pensar la Revolución francesa*, apareció en una editorial pequeña y generalista, y pasó prácticamente desapercibida. Unos años más tarde, en vísperas del bicentenario, vería la luz en Madrid *La revolución francesa*, más de dos décadas después de su primera edición en Librairie Hachette.⁴⁸ No solo el retraso era significativo, sino también el hecho de que fuera recuperada por Rialp, una editorial abiertamente vinculada con el Opus Dei.⁴⁹ De este modo, en la lucha cultural entre una izquierda muy influida por el marxismo y las corrientes historiográficas residuales del franquismo historiográfico, Furet quedó claramente identificado con estas últimas, de manera que su fortuna en una universidad ampliamente izquierdista fue escasa, prácticamente nula. Esta identificación quedaría sancionada definitivamente unos años más tarde cuando una editorial católica y ultraconservadora, promotora de versiones revisionistas de la Guerra Civil, editorial Encuentro,⁵⁰ publicó *La revolución a debate*.⁵¹

47 Josep Fontana, *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*, Barcelona, Ariel, 1971, p. 39, nota 41; *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 7 y 121, y *La historia de los hombres: el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 101-102. Para contextualizar las afirmaciones véase Antonio Morales Moya, «En torno a la obra de François Furet y su recepción en España», en Jean-René Aymes y Mariano Esteban de Vega (eds.), *Francia en España, España en Francia: La historia en la relación cultural hispano-francesa (siglos XIX-XX)*, Salamanca, Universidad de Salamanca / Presses de la Sorbonne Nouvelle, 2003, pp. 263-276, y Jordi Canal, «Repensar el pasado», *Cultural ABC*, 14 de julio de 2007.

48 François Furet y Denis Richet, *La Revolución francesa*, Madrid, Rialp, 1988.

49 Mercedes Montero, *Historia de Ediciones Rialp. Orígenes y contexto, aciertos y errores*, Madrid, Rialp, 2019, especialmente pp. 290-292.

50 José Miguel Oriol, *30 años de Encuentro*, Madrid, Encuentro, 2008, p. 113. Es la misma editorial que en 1999 publicaba *Los orígenes de la Guerra Civil española* de Pío Moa, al que seguirán títulos como *El derrumbe de la Segunda República y la Guerra Civil*, en 2001, o *La quiebra de la historia «progresista»*, en 2007.

51 François Furet, *La revolución a debate*, Madrid, Encuentro, 2000.

Esta dinámica solo se rompió una vez, cuando Alianza Editorial publica, en el emblemático 1989, el *Diccionario de la Revolución francesa* que Furet firma junto con Mona Ozouf.⁵² Pero el carácter excepcional de esta obra, concebida más como instrumento de consulta que de lectura, no consiguió devolver centralidad a la corriente liberal que representaba. De hecho, la ausencia de Furet y Ozouf de los debates españoles de aquellos años es casi total. Lo demuestra el hecho de que esta última autora no haya sido traducida al español hasta fechas muy recientes, cuando ha sido recuperada, en su condición de clásico indiscutible, *La fiesta revolucionaria*.⁵³

Fue en el contexto conmemorativo del bicentenario de la Revolución francesa cuando, por primera vez, se puso de manifiesto este sesgo historiográfico. Lo apuntaban Morales y Castro al señalar lo difícil que era encontrar en el medio académico español citas a autores como Cobban, Furet, Darnton, Sutherland, Sewell, Tulard, Doyle, Baker o Hufton, representantes de «estas nuevas corrientes interpretativas de la Revolución francesa [que], o han sido virtualmente ignoradas, o se han rechazado, muchas veces con dureza».⁵⁴ La nómina podría ser ampliada con otros nombres, como los de Richard Cobb, Colin Lucas, Alan Forrest, Gwynne Lewis o Peter Jones, entre otros. Después sería Jordi Canal quien le daría forma considerando que esta «historia militante» era una característica de la historiografía española de la Transición democrática. Entendiendo por militante «unas maneras de hacer historia marcadas por el marxismo y el revo-

52 François Furet y Mona Ozouf, *Diccionario de la revolución francesa*, Madrid, Alianza, 1989. Compartió espacio en las librerías con *Historia y Diccionario de la Revolución francesa*, de Jean Tulard, Jean-François Fayard y Alfred Fierro, Madrid, Cátedra, 1989.

53 Mona Ozouf, *La fiesta revolucionaria, 1789-1799*, Zaragoza, Pressas de la Universidad de Zaragoza, 2020. Poco antes había aparecido *Composición francesa. Regreso a una infancia bretona*, Zaragoza, Pressas de la Universidad de Zaragoza, 2015.

54 Antonio Morales Moya y Demetrio Castro Alfin, *Ayer y hoy de la Revolución Francesa*, Barcelona, Ediciones del Drac, 1989, p. 175. También, José Andrés-Gallego, «La Revolución francesa, en la historiografía y en la historia de España desde 1939», *Historia Abierta*, 1 (1989), p. 42. *Vid.*, además, Miguel Ángel Cabrera, «Historia y teoría de la sociedad: del giro culturalista al giro lingüístico», en Carlos Forcadell e Ignacio Peiró (coords.), *Lecturas de la historia: nueve reflexiones sobre historia de la historiografía*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2002, p. 263.

lucionarismo, por el presentismo y el dolorismo, por la idea de que la historia debe estar al servicio de la revolución y de la voluntad de cambiar el presente y el futuro, o bien por la priorización de las revoluciones, revueltas y transformaciones, los partidos y movimientos de izquierda y nacionalistas, los sindicatos y los obreros». ⁵⁵

El escenario no cambió sustancialmente durante la última década del siglo pasado, en la que siguieron siendo publicados los autores marxistas más populares, como Soboul o Hobsbawm. Este último siguió mostrando su interés por el legado de la Revolución francesa en una obra de tanto éxito como *Ecos de la Marsellesa*, donde hacía una defensa expresa «de la vieja tradición» frente a los «revisionistas» que «no gustan de la Revolución francesa y su herencia». ⁵⁶ Pero, a pesar de todo, resultaba evidente cierto agotamiento de las fórmulas y con la llegada del siglo xx, al tiempo que muchas de las contribuciones al estudio de la Revolución se trasladaban fuera de Francia, el interés editorial por las nuevas investigaciones decayó. En este *impasse* se recuperaron fuera de tiempo algunas obras que forman parte del canon indispensable sobre este episodio histórico. ⁵⁷ Así mismo, también fueron publicadas diversas síntesis cuyo carácter generalista permitía a las editoriales augurar importantes ventas entre el público universitario ⁵⁸ y, excepcionalmente, algunas monografías aisladas que, si bien rele-

55 Jordi Canal, *La historia es un árbol de historias. Historiografía, política, literatura*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, p. 42. Traía en su ayuda las llamadas de atención realizadas por Juan Pablo Fusi en *Política obrera en el País Vasco*, Madrid, Turner, 1975, y José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma en «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, 12, 1982, pp. 19-41.

56 Eric Hobsbawm, *Ecos de la Marsellesa*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 9-11. Albert Soboul, *La Francia de Napoleón*, Barcelona, Crítica, 1992.

57 Es el caso de la dos ediciones de Albert Mathiez, *Los orígenes de los cultos revolucionarios* (la primera en Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2012, traducción de Javier Ramón y prólogo de Pierre Serna, y la segunda en Madrid, CIS, 2012, edición, traducción y presentación de Zira Box), de Arno Mayer, *Las Furias. Violencia y terror en las Revoluciones francesa y rusa*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, de la ya citada *La fiesta revolucionaria*, de Mona Ozouf, o de Germaine Staël-Holstein, *Consideraciones sobre la Revolución Francesa*, Barcelona, Arpa, 2017.

58 Peter McPhee, *La Revolución francesa 1789-1799, una nueva historia*, Barcelona, Austral, 2013; Jean-Clément Martin, *La Revolución francesa, una nueva historia*, Barcelona, Crítica, 2013, o Peter Davies, *La Revolución francesa, una breve introducción*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.

vantes, no podían compensar su escasa representatividad en el panorama general de la historiografía revolucionaria.⁵⁹

Al final, echando la vista atrás, la recepción editorial de la historiografía sobre la Revolución francesa en España ha sido muy caprichosa. Le ha pesado bastante no tener una tradición propia de estudios y de estudiosos implicados en los debates internacionales que durante tanto tiempo articularon una buena parte de las discusiones sobre la profesión de historiador y la forma de hacer historia.⁶⁰ El libro del profesor Antonio de Francesco, catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Milán, constituye una oportunidad única para recomponer el orden de la producción sobre la Revolución francesa en su lógica original, comprendiendo los contextos en los que surgió y las circunstancias que la hicieron posible. Prodigio de erudición y conocimiento de las principales obras, y de la historia intelectual europea de los dos últimos siglos, el autor ha conseguido algo absolutamente nuevo, que es dar cuenta de una ingente producción con una sola mano, construyendo un discurso propio e integrado, coherente y analítico que permite adentrarse en las particularidades de las interpretaciones, en las motivaciones de los autores y en las circunstancias que les llevaron a

59 Dale K. Van Kley, *Los orígenes religiosos de la Revolución Francesa. De Calvino a la Constitución Civil (1560-1791)*, Madrid, Encuentro, 2003; Timothy Tackett, *El Terror en la Revolución francesa*, Barcelona, Pasado y Presente, 2015; Simon Schama, *Ciudadanos. Una crónica de la Revolución francesa*, Barcelona, Debate, 2019, o Pierre Serna, *Como animales. Historia política de los animales durante la Revolución francesa (1750-1840)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2019.

60 Emilio de Diego hablaba de la necesidad de «corregir los retrasos acumulados» en su ponencia «La historiografía española y la Revolución francesa», en Emilio de Diego *et al.* (coords.), *Repercusiones de la Revolución Francesa en España*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1990, p. 249. En el contexto del bicentenario se produjeron intentos de salvar este déficit histórico, especialmente desde la Universidad Autónoma de Barcelona, donde destaca la actividad de Irene Castells (que publicaría una notable síntesis, *La Revolución francesa (1789-1799)*, Madrid, Síntesis, 1997) y Lluís Roura. El resultado de esta labor es visible en volúmenes de actas como *El Jacobinisme. Reacció i revolució a Catalunya i a Espanya, 1789-1837*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona / Fundació Caixa de Catalunya, 1990, o *La Revolució francesa i el procés revolucionari a Catalunya i al País Valencià*, Universitat Autònoma de Barcelona / Fundació Caixa de Catalunya, y libros como el coordinado por Lluís Roura e Irene Castells, *Revolució y democracia: el jacobinismo europeo*, Madrid, Ediciones del Orto, 1995. También desde Madrid, en torno a Alberto Gil Novales, cabe señalar Jean-René Aymes (ed.), *España y la Revolución francesa*, Barcelona, Crítica, 1989.

ensayar determinadas líneas interpretativas o a proyectar determinadas lecturas del hecho revolucionario. *La Revolución francesa. Doscientos años de combates por la historia* es una obra única porque contiene al mismo tiempo un enorme detalle y una prodigiosa capacidad de síntesis, lo que la convierte en un instrumento indispensable para leer desde el presente la historia de la historiografía sobre la Revolución francesa. Pero también está pensada para ser leída con disfrute porque se esfuerza por ofrecer un discurso interpretativo, templado, ponderado, a veces irónico y otras crítico, pero siempre intentando ofrecer la producción historiográfica desde una amplia perspectiva cultural. No hay mucho más que decir, sino invitar a este fascinante recorrido de más doscientos años en los que hablando de la Revolución francesa los historiadores no han dejado de pensarse a sí mismos, a su sociedad y a su tiempo. Por eso el horizonte de interpretaciones es tan rico y la capacidad de evocación de los problemas y las perspectivas sociales tan intensas, porque la Revolución opera como un reflejo que devuelve desde el pasado una lectura permanente y actualizada de nuestro presente.

Pedro RÚJULA LÓPEZ

Zaragoza, diciembre de 2021

INTRODUCCIÓN

Hacia finales de 2015 tuvo lugar una polémica académica que, aunque fuera por poco tiempo y con carácter excepcional, atrajo el interés de la prensa francesa. Cuando los medios de comunicación entran, aunque sea de manera superficial, en el mundo universitario, eso quiere decir que la cuestión es importante. El Institut d'histoire de la Révolution française (IHRF), piedra angular de los estudios sobre la Revolución, creado en la Sorbona en 1937 por iniciativa del eminente historiador Georges Lefebvre, estaba amenazado de cierre. Aparentemente, la decisión se justificaba por imperativos financieros que exigían una racionalización de los fondos dedicados a la investigación y que obligaban a las estructuras universitarias a reducir sus costes de funcionamiento. Los miembros del IHRF, aunque seguirían perteneciendo a la misma universidad, a partir de este momento iban a quedar integrados en otra unidad de investigación ya existente en la Sorbona, el Institut d'histoire moderne et contemporaine.

Las protestas de antiguos directores del IHRF, como Michel Vovelle, Jean-Clément Martin y, sobre todo, Pierre Serna, que en ese momento estaba a la cabeza de la institución, fueron enérgicas, pero no tuvieron ningún efecto. En vano se recordaría que el Institut había supuesto una contribución decisiva a los estudios sobre la Revolución francesa y que todavía representaba una referencia ineludible para cualquier investigador que, incluso en el extranjero, abordara este tema. También se recordó, sin ningún efecto, que el decreto de creación del IHRF llevaba la firma de Jean

Zay, ministro y mártir de la Resistencia cuyas cenizas acababan de ser trasladadas al Panthéon. Finalmente, se argumentó, sin éxito, que el Institut era un símbolo cultural y político de la Francia republicana, de los valores de democracia y laicidad que habían sido puestos en cuestión por los ataques terroristas que el país acababa de sufrir en su propia capital. Los argumentos económicos terminaron imponiéndose, y las protestas solo consiguieron conservar el nombre del Institut, vacío de su autonomía contable y administrativa. Una victoria simbólica y amarga que fue seguida de su integración en el nuevo equipo de investigación. De este modo, Pierre Serna habrá sido el último director de una prestigiosa institución que, todavía en 1989, había sido el principal motor de las celebraciones del bicentenario de la Revolución francesa.

Tal vez este episodio pueda considerarse anecdótico, uno entre otros muchos a los que las noticias nos tienen acostumbrados en estos tiempos de recortes y de crisis económica sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial. Además, hay que confesarlo, esta decisión no tenía por qué producir consecuencias irreparables: los investigadores que todavía estudian la Gran Revolución podrán continuar haciéndolo, mientras que las numerosas asociaciones que convierten este acontecimiento en la razón de ser de su presencia regular en la escena pública no verán dañada directamente su actividad, empezando por la gloriosa Société des études robespierristes. Por su parte, las universidades francesas podrán seguir acogiendo a los numerosos invitados que se interesan por este campo de investigación.

En el plano político, sin embargo, el acontecimiento adquiere una dimensión distinta. La pérdida de categoría del Institut fundado por Lefebvre es el testimonio de un divorcio entre la Revolución francesa y la tradición política nacional. Esta última, no solo había fundado la especificidad francesa en 1789, sino que también había legitimado su presencia en la escena internacional. En otras palabras, si la Revolución quedaba incorporada en el seno de una más amplia Historia Moderna y Contemporánea, ya no podía seguir constituyendo ese momento fundacional que había sido en otro tiempo y debía ser colocada en el mismo plano que otros acontecimientos (cabría preguntarse cuáles en concreto) que han contribuido a hacer de Francia la nación que es hoy.

¿Cómo es posible que la tradición revolucionaria esté viviendo un debilitamiento tan evidente que ha llegado a afectar, incluso, a la nación

que había hecho de ella el acontecimiento fundador de su relato nacional? Es difícil comprender este lento proceso de quiebra sin tener en cuenta que la élites han sido las primeras en distanciarse de un modelo político y cultural que consideran obsoleto y que han relegado al rango de esas referencias que no han sabido adaptarse a las exigencias del siglo XXI. Entre las múltiples razones que han llevado a poner en cuestión la piedra angular tradicional de la ciudadanía en Francia, existen dos que deber ser especialmente tenidas en consideración. En primer lugar, el éxito del concepto de Europa tras el hundimiento del comunismo ha favorecido en Francia, al igual que en otros países, un discurso público de supranacionalidad a escala de la Unión Europea. Esta nueva aproximación ha dejado en los extremos del tablero político, tanto a la derecha como a la izquierda, el monopolio de una retórica patriótica convertida en sospechosa a los ojos de quienes ejercían el poder. En segundo lugar, los triunfos de la globalización han demostrado a una política cada vez más sumisa a la economía que la primacía del concepto de nación era un callejón sin salida para todos aquellos que querían vivir al ritmo de los nuevos mercados. Estos dos elementos, que no tardaron en combinarse, han precipitado el agotamiento de esta identidad republicana sobre la que Francia había construido su imagen en el seno de Europa.

Es así como el patriotismo se ha ido convirtiendo en el estandarte de todos aquellos que se oponen a la pérdida de peso de la identidad y al desmantelamiento de la protección social que el nuevo sistema económico parecía imponer. No hay ninguna duda de que en esta operación, en algunos aspectos interesada, el principio de nacionalidad electiva ha terminado por disolverse, precisamente como consecuencia de la crisis económica. El resurgir en la Francia de hoy en día de un nacionalismo que no es heredero directo de la identidad republicana, pero tiene muchas posibilidades de apropiarse de sus ecos, da pie a este temor.

Sin embargo, los desafíos de la globalización y de la construcción europea, aun cuando son fronterizos, no llegan a confundirse, incluso frecuentemente entran en conflicto hasta el punto de que la primera llega a imponerse a la segunda. Por esta razón, la identidad europea en Francia, como en otros lugares, ha entrado en crisis, pues la mundialización en la escena internacional ha confirmado la fragilidad política del Viejo Continente, percibido a partir de entonces como una muralla ineficaz contra la

competencia de los países emergentes. Además, la crisis económica no ha hecho sino exacerbar la desconfianza con relación a la Unión, considerándola desde hace tiempo como una estructura que ofrece menos protección que el Estado nacional. El hecho de que en 2005, mucho antes de la crisis, la mayoría de los franceses hubieran rechazado la Constitución europea mediante referéndum muestra claramente que este proceso tiene sus orígenes en dinámicas culturales e identitarias que no pueden ser reducidas a meras tensiones financieras.

Y esto es todavía más significativo si tenemos en cuenta que el año 2005 supuso un giro historiográfico en los estudios sobre la Revolución francesa. A comienzos de siglo, después del hundimiento de la Unión Soviética y del retorno de la libertad a toda Europa, cuando se desvanecía la confianza de otro tiempo en las revoluciones comunistas, podía tener éxito una lectura política de 1789 inspirada en los valores occidentales. Derivaron de aquí una interpretación transnacional, considerada como indispensable, un intento de aproximar el 1789 francés al 1776 americano y una renovada atención por las relaciones políticas establecidas entre Francia y las repúblicas hermanas mediante los ejércitos de la Gran Nación.

Después de 2005 se impusieron dos líneas de investigación en el marco de los estudios dedicados a la Revolución francesa: el (re)descubrimiento de los imperios en la historiografía británica y la renovación de la historia atlántica. Ambas cuestionaban la centralidad del Viejo Continente favoreciendo el poderoso ascenso de una *global history* orgullosamente opuesta a la excepcionalidad del momento revolucionario, y convirtiendo la Revolución en uno más de los puntos de entrada para el nacimiento del mundo contemporáneo. Así es como ha ido perdiendo el lugar preponderante que había ocupado durante mucho tiempo, hasta el punto de que aquel antiguo adagio que señalaba que su desarrollo habría impulsado la modernidad resuena hoy como una cantinela sospechosa.

Muy sutilmente, un historiador británico de la Revolución, Charles Walton, ha podido recordar que la propia idea de binomio revolución-modernidad implica un violento proceso de exclusión entre un *nosotros* que agrupaba a los partidarios de 1789 y a los herederos que compartieron sus valores, y un *ellos* que reuniría a quienes inicialmente no habían experimentado sus secuelas. Cuidado, pues, concluye Walton, con la equivalencia entre modernidad y 1789, porque entraña la estigmatización de los

orígenes, inevitablemente racistas y colonialistas, de la supremacía europea y acabaría por cargar de prejuicios el proceso revolucionario.¹

En cualquier caso, el significado de la Revolución francesa, tal como ha sido entendido durante mucho tiempo, parece estar viviendo una negación inquietante. Hoy son pocos los que estarían dispuestos a suscribir lo que, todavía en 1960, en la Universidad de Palermo, Virgilio Titone, un modesto historiador italiano de postguerra, resumía así:

Cada vez que queremos evaluar nuestro presente, nos volvemos hacia el pasado y no podemos evitar hacer de la gran revolución el origen mismo y la fuente ideal no solo de los acontecimientos posteriores o de numerosos aspectos de ellos, sino también de los problemas que todavía hoy nos esforzamos en solucionar.²

Estas palabras sintetizan el sentimiento que había inspirado, primero, a los revolucionarios, después a sus epígonos, y en particular a los historiadores que dedicaron sus mayores energías a este periodo, y que nunca dejarían de recordar: 1789 constituía el amanecer de un mundo nuevo tras el cual ya nada fue como antes y que no debía perderse de vista, precisamente, para avanzar en el camino del progreso.

Hoy este tipo de reflexiones revela una confianza ingenua en el porvenir y lleva impresa la huella de un determinismo histórico exagerado y superado. Ignoro, y pienso que nadie puede saberlo, si el rechazo a convertir 1789 en un ejemplo que hiciera posible leer el tiempo presente es el episodio final de una historia desfasada, o si este rechazo constituye un escollo momentáneo que el futuro podría encargarse de superar. No obstante, existen numerosos indicios que invitan a pensar que un momento historiográfico específico ha llegado a su final, aquel que había visto el día en paralelo al proceso de formación de los Estados nacionales y a su política de poder, y que en la actualidad no queda ningún punto de apoyo que pudiera permitir su recuperación en el futuro.

1 Charles Walton, «French revolutionary studies: challenges and potential ways forward», en A. Fairfax-Cholmeley y C. Jones (dirs.), *New perspectives on the French Revolution*, e-France, 2013, vol. 4, pp. 6-15.

2 Virgilio Titone, *Introduzione alla Rivoluzione francese*, Milán, Edizioni del Milione, 1966, p. 5.

La condena de la modernidad implica, por lo tanto, la de 1789, considerada cada vez más como el crisol de todos los crímenes y todas las violencias de Occidente. En la medida que privilegiaba el elemento blanco y al Viejo Continente, nutrida de racismos, de imperialismos y de colonialismos, la modernidad parece contener en su seno el pecado original de Occidente y constituir una categoría aparte que proclama la buena nueva del arrepentimiento o se oculta en un silencio avergonzado. Sin embargo, sería injusto olvidar que la modernidad no siempre se ha limitado a esta representación, como afirmaba, también en Palermo, pero al comienzo del siglo XXI, esta vez un historiador prematuramente desaparecido, Paolo Viola. Según él, la modernidad ha simbolizado, por supuesto, el triunfo de Europa y su extensión por el mundo, pero esta época, acompañada de violencias, de injusticias y de abusos, no ha legado únicamente el nacionalismo, el racismo y los totalitarismos. También ha alumbrado, además del capitalismo, el pluralismo cultural y político de las reglas institucionales consideradas características de las prácticas democráticas, así como la civilización del trabajo y el reformismo. Muchos aspectos que no pueden ser olvidados.³

Escribir sobre la Revolución suponía aceptar una apuesta: por un lado, implicaba aceptar el proceso de modernización que había surgido de ella para señalar los siguientes pasos que debían darse; o bien, por otro, rechazarlo, subrayando que cualquier concesión ulterior en el terreno de la democratización de la vida social implicaba la disolución de un orden que la Revolución había quebrado profundamente, pero que todavía no había destruido por completo. Este es el punto que había animado, desde los orígenes, toda reconstrucción de la historia de la Revolución, en la que, por una parte, se hallaba la preocupación ante un mundo nuevo que parecía tomar cuerpo así como el intento mediante la denuncia de contener su formación, mientras, por otra parte, se encontraba la esperanza de que la modernidad, incluso entre dramáticas dificultades y graves improvisaciones, pudiera ser continuada, perfeccionada y terminada. Se trataba de un enfrentamiento que nunca había llegado a su final, en tanto que el componente contrarrevolucionario se había mantenido presente en el campo de la escritura histórica, alimentado por el

3 Paolo Viola, *L'Europa moderna. Storia di un'identità*, Turín, Einaudi, 2004.

rechazo de los valores de 1789 en grandes capas de la sociedad francesa. Al mismo tiempo, también durante los años revolucionarios, la amenaza de un universo ideológico contrario al cambio no había evitado furiosas discordias que no dividían a monárquicos (constitucionales) y republicanos, sino más bien, después de la caída de la corona en 1792, a los que deseaban la atenuación social del proceso revolucionario y los que apostaban por la identidad democrática del nuevo régimen. Tras la Revolución, estas disensiones, congeladas durante mucho tiempo por voluntad de Bonaparte, reaparecerían regularmente en las diferentes obras históricas sobre 1789. La lectura liberal, no obstante, no ha llegado a borrar la aproximación democrática y republicana, igual que esta última, desde los años treinta del siglo XIX, no ahogó las primeras voces socialistas.

Estas divisiones salpican regularmente la historia de la Francia moderna: desde la Restauración a la reaparición de la bandera tricolor en 1830, desde la Revolución de 1848 hasta el Segundo Imperio; del nacimiento de la Tercera República, tras la derrota de Sedán, a los turbulentos años del *affaire Dreyfus*; desde el giro laico, democrático y social de comienzos del siglo XX hasta la Primera Guerra Mundial; de la crisis de la república parlamentaria en la década de 1930 al desastre de 1940; y así en lo sucesivo. A lo largo de este tiempo, la Revolución ha constituido una referencia constante para dialogar con la política del presente y ofrecer comparaciones útiles para salvar y evaluar peligros y perspectivas. En paralelo, el discurso contrarrevolucionario ha mantenido el rumbo fijado desde los años revolucionarios, muy potente en las raíces del tradicionalismo religioso, para ofrecer mayor visibilidad a la Francia tradicional, que jamás había renunciado a su identidad. Esta vinculación con el pasado poseía una enorme flexibilidad política que, como en el propio espíritu revolucionario, era fruto de la confluencia de sensibilidades culturales y de grupos sociales muy diferentes los unos de los otros y que llegaron brevemente al poder, en el curso de la dramática experiencia política del Gobierno de Vichy.

Aunque el rol de 1789 como instrumento de confrontación, de estímulo y de desacuerdo solo concernía a Francia, muy pronto se extendió a otros Estados nacionales, desde el Reino Unido hasta Rusia, desde Alemania hasta Italia y los Estados Unidos (una Europa fuera de Europa, por excelencia), para quienes la referencia a los acontecimientos revolucionarios se mezclaba con la tradición histórica propia y constituía una suerte de brújula para la búsqueda de la modernidad. Después, la Revolución de

Octubre relanzó durante buena parte del siglo xx el juego de asonancias entre una y otra revolución, glorificando en el campo comunista el precedente del gobierno revolucionario del año ii hasta el punto de que el traspaso del testigo político entre 1793 y 1917 no habría llegado a afectar a los mitos de la Revolución francesa. Todo lo contrario.

Hoy, especialmente después de la aportación de François Furet, estas palabras parecen caer por su propio peso, porque nadie cuestiona ya la naturaleza ideológica de la historiografía revolucionaria. Sin embargo, me parece que todavía no se ha intentado leer la construcción de la cultura política de los principales Estados de Europa y de América a través de la fortuna historiográfica que tuvo en ellos la Revolución. Los estudios sobre sus protagonistas son innumerables y la historia de la Revolución cuenta con obras clásicas, pero falta todavía un intento de poner los numerosos trabajos aparecidos en Francia en estrecho diálogo entre ellos y cruzarlos con los estudios publicados en otros países con la intención de verificar cómo una idea de revolución —y a la vez de contrarrevolución— ha podido participar en la definición de una identidad europea capaz de atraer otros mundos, comenzando por los Estados Unidos.

Me parece importante también ahondar en la reflexión sobre la forma en la que la disciplina histórica ha desempeñado su papel en el nacimiento de la categoría política de *modernidad*. Ahora que la Revolución es criticada por haber sido durante mucho tiempo el soporte ideológico de la dominación europea, no creo que sea totalmente inútil intentar sacar conclusiones sobre la manera en que los escritos sobre la Revolución contribuyeron de manera decisiva al nacimiento y a la afirmación de estas historiografías nacionales que en los dos últimos siglos han acompañado al apogeo del Viejo Continente. Resulta fundamental, y esto incluye también a los Estados Unidos, recordar hasta qué punto es real el carácter eurocéntrico de las lecturas de la Revolución hasta finales del siglo xx. Esta perspectiva, no obstante, no ha impedido que las mejores historias de la Revolución francesa acompañaran al proceso de democratización en el mundo, subrayando sus impulsos y sus resistencias, pero también sus extraordinarias aceleraciones y sus terribles derivas. En otros términos, nadie niega que el desinterés manifestado hacia el mundo colonial, comenzando por el problema de la esclavitud y de la Revuelta de Santo-Domingo, que interactúa activamente con la mecánica política de Francia, haya impedido consolidar

un amplio programa de aproximación a 1789. Con todo, me parece poco fundado considerar inútil una tradición fundamental en la construcción de la propia disciplina historiográfica solo porque no llevara a cabo lo que era imposible en su época. El autor de estas líneas no querría ser considerado un epígono tardío de la historiografía del siglo pasado, como lo prueban estas páginas que son transnacionales, porque la centralidad de las historias revolucionarias escritas en Francia no van (al menos así lo creo) al encuentro de las historiografías de otros países. No tengo intención de ocultar que las páginas que siguen van a contracorriente en muchos aspectos, porque este trabajo tiene la intención de atender a una historia que hoy, a ojos de la mayor parte de los investigadores, parece agotada. Pero, en última instancia, ¿quién se atreve a asegurar que el tiempo terminará dándoles la razón?

Para terminar, querría expresar aquí algunos agradecimientos. A Patrice Gueniffey en primer lugar, porque, si he asumido el compromiso de redactar este libro, es gracias a él, que tuvo la amabilidad de sugerirme, en 2011, la idea de escribir un ensayo sobre la historiografía francesa de la Revolución durante los siglos XIX y XX. A continuación, a mi editor francés, Benoît Yvert, de la editorial Perrin, que aceptó el proyecto con entusiasmo, aunque pidiéndome que me remontara en el tiempo y que incorporara también los primeros relatos del acontecimiento revolucionario. Finalmente a Pierre Serna, *il fratello che non ho avuto*, que siempre ha sido una fuente de inspiración, tanto por sus reflexiones como por sus escritos o por su compromiso a favor de la historiografía revolucionaria. También deseo agradecer a mi gran amigo Pedro Rújula haber impulsado la traducción de este libro y haberla enriquecido con una introducción pensada expresamente para el público español. Y a Pedro y Javier Ramón por su impecable traducción que ha vertido de forma excelente al castellano el sentido de mi (a veces difícil) manera de escribir. A ambos, gracias de verdad por el enorme trabajo que han llevado a cabo. Durante muchos años, Giuseppe Galasso me preguntó insistentemente cómo iba con mi libro «revolucionario»; nos dejó de improviso el mismo día que recibía la noticia de su publicación. A la memoria de este político apasionado, historiador sin par y *maestro* van dedicadas las siguientes páginas.

ÍNDICE

PRÓLOGO. LEER LA REVOLUCIÓN FRANCESA EN ESPAÑA por Pedro Rújula	9
INTRODUCCIÓN.....	27
CAPÍTULO 1. LAS REGLAS DE TODA HISTORIA REVOLUCIONARIA: 1789-1815	37
La muerte de Condorcet.....	37
Los falsos profetas del pasado.....	51
El asombro del mundo	63
Recorriendo los caminos del mundo.....	73
La última disputa sobre la Revolución	84
CAPÍTULO 2. FRENTE AL PASADO REVOLUCIONARIO: 1815-1847.....	93
Historia política de la Restauración	93
La fuerza de las cosas.....	105
Los pífanos de la Montaña	117
Políticos hermafroditas.....	130
La anarquía francesa	141

CAPÍTULO 3. DEL MITO NACIONAL A LOS MITOS NACIONALES: 1848-1875	153
El contrato social de la nación	153
Robespierre o el pontífice supremo.....	167
Reconectar con el hilo del pasado.....	177
La democracia en el exilio	187
Sonderweg, una herencia rechazada	201
CAPÍTULO 4. ¿UNA HISTORIA REPUBLICANA?: 1875-1914.....	213
La mala hierba de la historia nacional.....	213
Renovar la contrarrevolución.....	222
Hablar como un verdadero demócrata.....	235
Guerra de izquierdas	245
A la conquista del mundo.....	255
CAPÍTULO 5. EL USO REVOLUCIONARIO DE LA HISTORIA: 1914-1945	267
A la sombra de Rusia.....	267
Un centésimo quincuagésimo aniversario que no tuvo lugar	277
Restablecer un orden nacional.....	287
La democracia en peligro.....	297
¿Émulos de la Revolución?	307
CAPÍTULO 6. ORTODOXIA REVOLUCIONARIA Y HE-REJÍAS DE LOS HISTORIADORES: 1946-1989.....	319
Guerra a Guérin	319
El padre Lefebvre	329
Combates al otro lado del Canal	338
La política de la Revolución	350
Una historia atlántica	362

<i>Índice</i>	451
EPÍLOGO. LAS CENIZAS DE LA REVOLUCIÓN	375
BIBLIOGRAFÍA SELECTA	387
ORIENTACIONES BIBLIOGRÁFICAS	413
ÍNDICE ONOMÁSTICO	439

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en febrero de 2022*



LAS HISTORIAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA CONSTITUYEN, por sí mismas, una verdadera Historia Contemporánea de Occidente. Analizar los hechos que fundaron el mundo de hoy alejándonos progresivamente de la sociedad del Antiguo Régimen ha servido a lo largo del tiempo para escribir la historia de cada presente desde sus múltiples perspectivas políticas, vitales e intelectuales. Esto ha hecho que el estudio de la Revolución francesa haya sido una lucha por sus interpretaciones porque contenía la disputa por los fundamentos del mundo actual.

La Revolución francesa. Doscientos años de combates por la historia de Antonino De Francesco ofrece la apasionante reconstrucción de esta batalla intelectual sostenida durante dos largos siglos por dotar de significado al hito fundacional de la contemporaneidad. Por sus páginas desfilan de M^{me} de Staël a Tocqueville, de Thiers a Lamartine, de Michelet a Carlyle, de Mathiez a Furet, sin olvidar a Cobban, Lefebvre, Soboul, Hunt, Vovelle..., y otros muchos historiadores fundamentales de la historiografía contemporánea.



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza



Calidad en
Edición
Académica
Academic
Publishing
Quality

ANTONINO DE FRANCESCO

es catedrático de Historia Moderna en la Università degli Studi di Milano y director de su Dipartimento di Studi Storici. Sus trabajos se han centrado en la época revolucionaria y napoleónica y en la Italia del siglo XIX. Entre sus publicaciones más recientes cabe señalar

Repubbliche atlantiche. Una storia globale delle pratiche rivoluzionarie, 1776-1804 (2022), *Storie dell'Italia rivoluzionaria e napoleonica, 1796-1814* (2018), *The Antiquity of the Italian Nation. The Cultural Origins of a Political Myth in Modern Italy, 1796-1943* (2013), *La palla al piede. Una storia del pregiudizio antimeridionale* (2012), *L'Italia di Bonaparte. Politica, statualità e nazione nell'Italia tra due rivoluzioni, 1796-1821* (2011).